

Llamados a escuchar

¿Quién creyó lo que nosotros hemos oído y a quién se le reveló el brazo del Señor?² El creció como un retoño en su presencia, como una raíz que brota de una tierra árida, sin forma ni hermosura que atrajera nuestras miradas, sin un aspecto que pudiera agradarnos. Despreciado, desechado por los hombres, abrumado de dolores y habituado al sufrimiento, como alguien ante quien se aparta el rostro, tan despreciado, que lo tuvimos por nada. Pero él soportaba nuestros sufrimientos y cargaba con nuestras dolencias, y nosotros lo considerábamos golpeado, herido por Dios y humillado. El fue traspasado por nuestras rebeldías y triturado por nuestras iniquidades. El castigo que nos da la paz recayó sobre él y por sus heridas fuimos sanados. Todos andábamos errantes como ovejas, siguiendo cada uno su propio camino, y el Señor hizo recaer sobre él las iniquidades de todos nosotros. Al ser maltratado, se humillaba y ni siquiera abría su boca: como un cordero llevado al matadero, como una oveja muda ante el que la esquila, él no abría su boca. Fue detenido y juzgado injustamente, y ¿quién se preocupó de su suerte? Porque fue arrancado de la tierra de los vivientes y golpeado por las rebeldías de mi pueblo. Se le dio un sepulcro con los malhechores y una tumba con los impíos, aunque no había cometido violencia ni había engaño en su boca. El Señor quiso aplastarlo con el sufrimiento. Si ofrece su vida en sacrificio de reparación, verá su descendencia, prolongará sus días, y la voluntad del Señor se cumplirá por medio de él. A causa de tantas fatigas, él verá la luz y, al saberlo, quedará saciado. Mi Servidor justo justificará a muchos y cargará sobre sí las faltas de ellos. Por eso le daré una parte entre los grandes y él repartirá el botín junto con los poderosos. Porque expuso su vida a la muerte y fue contado entre los culpables, siendo así que llevaba el pecado de muchos e intercedía en favor de los culpables (Isaías 53).

*Mi corazón está firme, Dios mío,
mi corazón está firme.
Voy a cantar al son de instrumentos:
¡despierta, alma mía!
¡Despierten, arpa y cítara,
para que yo despierte a la aurora!
Te alabaré en medio de los pueblos, Señor,
te cantaré entre las naciones,
porque tu misericordia se eleva hasta el cielo
y tu fidelidad hasta las nubes.
¡Levántate, Dios, por encima del cielo,
y que tu gloria cubra toda la tierra!
¡Sálvanos con tu poder, respóndenos,
para que se pongan a salvo tus predilectos!
El Señor habló desde su Santuario:
"Yo repartiré triunfalmente a Siquém
y distribuiré el valle de Sucot.
Mío es Galaad, Manasés me pertenece,
Efraím es mi yelmo, mi cetro es Judá.
Moab es la vasija donde yo me lavo;
plantaré mis sandalias en Edóm
y cantaré victoria sobre Filistea".*

*¿Quién me llevará hasta la ciudad fortificada,
quién me conducirá hasta Edóm,
si tú, Señor, nos has rechazado
y ya no sales con nuestro ejército?
Danos tu ayuda contra el adversario,
porque es inútil el auxilio de los hombres.
Con Dios alcanzaremos la victoria,
y él aplastará a nuestros enemigos (Salmo 108).*

Moisés, en efecto, escribe acerca de la justicia que proviene de la Ley: El hombre que la practique vivirá por ella. En cambio, la justicia que proviene de la fe habla así: No digas en tu corazón: ¿Quién subirá al cielo?, esto es, para hacer descender a Cristo. O bien: ¿Quién descenderá al Abismo?, esto es, para hacer subir a Cristo de entre los muertos. ¿Pero qué es lo que dice la justicia?: La palabra está cerca de ti, en tu boca y en tu corazón, es decir la palabra de la fe que nosotros predicamos. Porque si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvado. Con el corazón se cree para alcanzar la justicia, y con la boca se confiesa para obtener la salvación. Así lo afirma la Escritura: El que cree en él, no quedará confundido. Porque no hay distinción entre judíos y los que no lo son: todos tienen el mismo Señor, que colma de bienes a quienes lo invocan. Ya que todo el que invoque el nombre del Señor se salvará. Pero, ¿cómo invocarlo sin creer en él? ¿Y cómo creer, sin haber oído hablar de él? ¿Y cómo oír hablar de él, si nadie lo predica? ¿Y quiénes predicarán, si no se los envía? Como dice la Escritura: ¡Qué hermosos son los pasos de los que anuncian buenas noticias! Pero no todos aceptan la Buena Noticia. Así lo dice Isaías: Señor, ¿quién creyó en nuestra predicación? La fe, por lo tanto, nace de la predicación y la predicación se realiza en virtud de la Palabra de Cristo (Rom. 10, 5-17).

No ruego solamente por ellos, sino también por los que, gracias a su palabra, creerán en mí. Que todos sean uno: como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno -yo en ellos y tú en mí- para que sean perfectamente uno y el mundo conozca que tú me has enviado, y que yo los amé como tú me amaste. Padre, quiero que los que tú me diste estén conmigo donde yo esté, para que contemplen la gloria que me has dado, porque ya me amabas antes de la creación del mundo. Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te conocí, y ellos reconocieron que tú me enviaste. Les di a conocer tu Nombre, y se lo seguiré dando a conocer, para que el amor con que tú me amaste esté en ellos, y yo también esté en ellos" (Juan 17, 20-26).

Hoy recordamos, conmemoramos, la Presentación de la Confesión de Augsburgo, documento distintivo de la Reforma luterana.

Reconozcámoslo, en ocasiones las cosas, las noticias, las fechas, los eventos, incluso las personas, resuenan a través de un oído, y se esfuman por el otro. O las utilizamos para confirmar nuestras propias perspectivas e ideas, sin tomar en cuenta lo que en verdad nos dicen.

Escuchemos lo que Pablo, el apóstol, nos declara, no permitamos que su palabra se esfume. Él afirma que la fe nos llega, que se hace realidad para nosotros, por el escuchar. Antes que ella se exprese en el quehacer del amor servicial, la fe se ha de escuchar. Por eso escuchamos estas palabras, por eso también participamos en las celebraciones de la Iglesia, en la Eucaristía en la

adoración y en la escucha de la Palabra de Dios a través de la lectura de la Biblia y de la predicación.

Claro que podemos alabar a Dios en medio de la naturaleza, o brindando un sabroso asado a nuestros hijos o hermanos, también frente al televisor o trabajando, etc., etc. Pero no estaremos escuchando la Palabra que se nos anuncia, se nos dice, a cargo de la persona llamada por la Iglesia, enviada por Dios mismo para compartir con usted y con otros la Palabra de salvación.

Algunos dan vuelta el orden de las cosas, olvidan que del escuchar brota el hacer. Nos reunimos, somos llamados a reunirnos, para escuchar y recibir, la predicación y la eucaristía nos convocan y nuestra respuesta de alabanza es reunirnos y dar gracias a Dios por estos sus dones. Como dice Martín Lutero en el Catecismo Menor, cuando explica el tercer mandamiento: *Debemos temer y amar a Dios de modo que no despreciemos la predicación y su Palabra, sino que la consideremos santa, la oigamos y aprendamos con gusto.*

El profeta Isaías dice: *Acérquense naciones, para oír; pueblos, presten atención (Is. 34,1ª)*, y más adelante se pregunta: *¿Quién creyó? (Is. 53, 1ª)*. Hoy nos sentimos tentados a plantearnos la misma cuestión, hablamos de los pocos que se acercan a la iglesia, de los que se están alejando de ella. Isaías enfrentó la misma situación, incluso fue ridiculizado y sufrió la indiferencia. Por cierto, los confesores en la Dieta de Augsburgo que enfrentaron la amenaza de muerte y la condenación de sus propuestas, se habrán preguntado lo mismo.

¿Quién creyó?, pregunta el profeta. Nosotros hemos creído. Esto significa que alguien llamado por Dios estuvo en las sandalias de Isaías, lo bautizó en este mensaje y, así, el Espíritu Santo -Dios mismo- se aseguró que la buena nueva fuera escuchada. Hemos escuchado y hemos creído, y lo que en verdad importa es que Dios justifica al que cree. Dios nos ha escuchado confesar la fe de nuestros corazones, lo ha escuchado en nuestros hogares, en nuestros templos, y por causa de esa fe, obra en nosotros para que expresemos y compartamos su amor a través de nuestras vidas.

En 1530, varios representantes de la corriente llamada luego de la Reforma estuvieron ante el poder del Imperio e insistieron que sus afirmaciones de fe fueran escuchadas. Ellos confesaron, es decir declararon lo que entendían como fundamental en la fe cristiana. Esto lo realizaron a través de un documento, al cual hoy conocemos como la *Confesión de Augsburgo*, pues fue presentado ante la Dieta, la asamblea del Imperio, reunida en esa ciudad. Personas del pasado, como lo son también Isaías y Pablo, como lo son quienes nos han precedido en este camino de la fe. Nos unimos a ellos, agradecidos por su testimonio y afirmación de fe en Jesucristo. Quiera Dios brindarnos oídos que escuchen, corazones que crean, bocas que confiesen la fe y vidas que la manifiesten en acciones de amor y servicio. *¡Qué hermosos son los pasos de los que anuncian buenas noticias!* Dios los bendiga en este caminar de fe.